

Las monarquías del Golfo frente a los cambios regionales

David Hernández Martínez

Universidad Autónoma de Madrid

david.hernandezm@uam.es

Resumen: La primavera árabe supuso un fenómeno político y social sin precedentes en Oriente Medio y el Magreb. Todos los países se vieron, de una forma u otra, afectados por dichas revueltas. Las seis monarquías árabes del Golfo, que constituyen el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), presentan respuestas dispares ante los acontecimientos ocurridos. Estos regímenes autoritarios han orientado sus esfuerzos hacia dos ámbitos, por un lado, salvaguardar la estabilidad interna de la convulsión de alrededor, por otro lado, reconfigurar sus políticas exteriores para no perder protagonismo en el nuevo statu quo. Este artículo analiza las principales acciones cometidas por las dinastías reales del Golfo para preservar su poder, contener movimientos opositores y proteger sus intereses frente a las numerosas crisis regionales.

Palabras clave: Golfo, Oriente Medio, primavera árabe, statu quo, autoritarismo

Nota biográfica: David Hernández Martínez es investigador del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM) e investigador del departamento de Estudios Árabes e Islámicos, Universidad Autónoma de Madrid. Redactor de El Orden Mundial. Doctor en Relaciones Internacionales, Universidad Complutense de Madrid. Miembro de la Asociación de Diplomados Españoles en Seguridad y Defensa (ADESyD).

Introducción

Las revueltas árabes ocurridas en 2011 tuvieron unas consecuencias que siguen siendo patentes actualmente. Supusieron un fenómeno político y social sin precedentes en la región de Oriente Medio y Magreb, teniendo un alcance general y repercutiendo sobre la estabilidad o intereses de la gran parte de los países de la zona. Las circunstancias derivadas obligaron a todos los regímenes a cambiar sus políticas exteriores, las estrategias de seguridad y defensa y atender a determinadas demandas de sus poblaciones. Comenzaba un proceso de profundas transformaciones a diferentes niveles que marcó el inicio de una nueva etapa en el entorno.

La primavera árabe tuvo unos efectos visibles y otras consecuencias menos patentes a corto plazo pero que determinarán seguramente el devenir político regional. La guerra en Siria, Yemen o Libia son las coyunturas más evidentes durante este tiempo, así como lo fue la caída del Gobierno de Mubarak y el golpe de Estado contra Morsi en Egipto dos años después, la represión de las protestas en Bahrein, la transición democrática abierta en Túnez o los cambios políticos inducidos en Marruecos. Todos los países se vieron obligados a reaccionar ya fuera a través de reformas políticas, o bien, endureciendo las medidas contra movimientos opositores.

La secuela menos deducible inicialmente fue la ruptura del statu quo regional, aunque la evolución de los hechos ha confirmado un punto de inflexión en el orden local. Durante décadas existió un mínimo margen de consenso sobre la jerarquía y los roles desempeñados por cada actor, aunque no redujo los niveles de fricción entre diversas partes. Esta estructura quedó totalmente quebrada tras las revueltas de 2011, que dejaron tras de sí un escenario señalado por la violencia, inestabilidad y una persistente incertidumbre. Todos los actores estatales y no estatales buscan proteger sus intereses y hacer prevalecer sus objetivos sobre los demás concurrentes.

Las monarquías del Golfo- Arabia Saudí, Omán, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Catar, Bahrein y Kuwait- están desde entonces sometidas a una doble tensión. Por un lado, tienen que atender a los requerimientos internos y prestar especial atención a los posibles focos de disidencia dentro de sus fronteras. Por otro, deben redefinir sus relaciones y alianzas en el medio para reducir los márgenes de peligro e inseguridad. Esto requiere un esfuerzo añadido para unos regímenes que han dado soluciones dispares a las problemáticas situaciones surgidas, afectando considerablemente a la cohesión dentro del seno del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG).

Este estudio aborda dos líneas temáticas. Primero, analiza la evolución de la primavera árabe en cada uno de los Estados mencionados y los principales puntos de tensión que existen en sus sociedades. En segundo lugar, se observa la respuesta dada a los diversos hechos surgidos desde la propia organización del Consejo como por parte de cada uno de los Gobiernos. Las soluciones implementadas por los seis regímenes han tenido un alcance tanto nacional como regional. Sus mayores preocupaciones se han centrado en evitar cualquier tipo de contagio revolucionario en sus países, mientras luego han perseguido no quedar desligados de los grandes debates abiertos en las proximidades.

El trabajo sobre la acción de cada uno los seis Estados lleva a encontrar ciertas similitudes y disimilitudes entre ellos. La estrategia seguida por cada clan gobernante para replicar los cambios en la región vienen dados por factores endógenos y exógenos. Será de suma importancia el grado de estabilidad que existe en cada una de las monarquías, así como el nivel de satisfacción de sus ciudadanos y la capacidad de control y fuerza de la élite política. En materia internacional las decisiones aplicadas para cada crisis y conflicto en el entorno señalarán las posibilidades de cada uno por mejorar su posicionamiento en el nuevo statu quo que queda por concretar.

La primavera árabe en el Golfo

Desde el 2011 la situación en las monarquías del CCG puede ser categorizado desde dos perspectivas. En un nivel, dependiendo del límite en que las revueltas afectaron a sus sistemas de Gobierno. En un segundo estadio, según las vicisitudes políticas y sociales internas durante estos años. La primavera árabe tuvo un alcance dispar entre los seis países y en el período posterior cada uno ha pasado por situaciones muy singulares (Baabood, 2014: 42-43). Estos elementos van a influir en el tipo de respuestas que darán para hacer frente a las numerosas transformaciones. También favorecerá un aumento de la división entre los miembros e incluso planteamientos contradictorios y discordantes.

El país que más se vio afectado en los primeros meses fue el emirato de Bahréin, donde las movilizaciones adquirieron un cariz transcendental y pusieron en serio riesgo la viabilidad de la monarquía (Fabani, 2011:5-6). Arabia Saudí, Omán y Kuwait fueron otro grupo en el que las corrientes de contestación tuvieron una reducida presencia, siendo atajadas con represión y ciertas promesas de reforma política. En Catar y EAU no se recogieron evidencias claras de oposición organizada o crítica directa, lo que permitió que los dirigentes pudieran rápidamente centrar su atención en las crisis regionales y partir de una posición de ventaja con respecto al resto de socios.

Bahréin es el Estado más pequeño y con menor población de los miembros del Consejo. A pesar de contar con una constitución que recoge un modelo similar a una monarquía constitucional, en la práctica es dirigido de forma autoritaria por el clan dinástico Al Jalifa. Las protestas de 2011 se debieron a dos elementos. Una gran parte de la población quería mejoras en el sistema político y apertura en el país. No obstante, las movilizaciones estuvieron caracterizadas por la cuestión chiita (Kinninmont, 2012). Un elemento utilizado por el régimen para desacreditar las reivindicaciones ciudadanas y favorecer el compromiso de sus aliados internacionales más importantes –Estados Unidos y Arabia Saudí- que temieron una posible vinculación iraní.

Las concentraciones populares fueron sofocadas a las pocas semanas por la ayuda del contingente militar llegado desde Arabia Saudí y Emiratos Árabes, que no dudaron en utilizar la operación como aviso para otras corrientes revolucionarias y, sobre todo, como mensaje directo de que no iban a permitir injerencias de terceros en esa parte del Golfo, que consideran de su máxima prioridad. Con la difusión de las protestas en Bahréin se sucedieron pequeñas réplicas en territorio saudita, omaní y kuwaití, aunque en cada uno de ellos los motivos eran ostensiblemente diferentes, entremezclándose cuestiones religiosas y étnicas con otras más puramente políticas.

En Arabia Saudí las posiciones críticas vinieron desde dos ámbitos. La población chiita del este del país, que en solidaridad con sus vecinos bahreiníes, salió a las calles para mostrar su descontento con un régimen al que acusaban de excluirlos por su condición religiosa (Teitelbaum, 2010: 72-73). Además, hubo movimientos en los círculos más progresistas para promover una democratización política. Los aparatos represivos sauditas se encargaron de suprimir cualquier atisbo de disidencia. En Omán se dieron algunas protestas cuyas reclamaciones giraron en torno a una mejora de las condiciones de vida y cambios en el sistema político. Las demandas fueron atendidas por el sultán con nuevas políticas sociales y promesas de cambio en la Administración.

Kuwait fue el tercer país donde se percibió un cierto grado de malestar social, aunque no se materializó ni tuvo tanta resonancia como en los casos de Bahréin, Arabia Saudí y Omán. En este caso, las presiones fueron más institucionalizadas y dirigidas a descentralizar el poder asumido por el rey (Wells, 2017: 255-256). Catar y EAU son los dos casos más paradigmáticos por su resistencia a las corrientes revolucionarias. El nivel de bienestar de los nacionales, las positivas expectativas económicas y el equilibrio en la correlación de fuerzas internos redujeron posibilidades de revuelta.

En los años posteriores la estabilidad social y política ha variado en cada uno de los países. Arabia Saudí y Bahrein son los dos puntos donde las fricciones están más presentes y el riesgo de inestabilidad es creciente. En Omán, Catar y Emiratos Árabes parece que la estabilidad es mucho mayor que en el resto de vecinos, aunque surgen algunas dudas sobre la viabilidad de ciertas políticas. Kuwait estaría en un nivel intermedio entre saudita y bahreinés y los otros tres miembros del Consejo, ya que en este tiempo sigue existiendo diferencias notables entre diferentes sectores religiosos y políticos, pero la fortaleza gubernamental no es tan delicada como en el pasado.

Las protestas en Bahrein han sido recurrentes a lo largo de los últimos ocho años, pero no han tendido la misma atención mediática. La respuesta del régimen ha sido la permanente represión y escasos cambios gubernamentales. La familia Al Jalifa se siente reforzada internacionalmente tras 2011 gracias al respaldo directo de Arabia Saudí y EAU, así como el apoyo tácito de las potencias occidentales (Ulrichsen, 2014: 346-347). Sin embargo, la sociedad bahreiní sigue estando muy polarizada, profundizándose las divisiones sectarias entre sunitas y chiitas. Esta disgregación es fomentada en parte desde la propia corona, presentando las diferencias políticas como un factor religioso.

El Estado saudita no está exento de disrupciones políticas recientemente. En 2015 llega al trono el rey Salmán, quien introduce rápidamente importantes cambios en la política nacional y, sobre todo, en el ámbito internacional (Priego, 2015). El principal artífice de estos ambiciosos planes es el príncipe heredero Mohammed bin Salman, el joven hijo del monarca. Su vertiginoso ascenso en las estructuras estatales, la concentración de poder y la dureza con la que limita la crítica interna están produciendo un creciente malestar en algunos espacios de la élite política saudí. Las divergencias entre miembros de la familia real es un elemento de incertidumbre para el medio plazo.

El sultán Qabus bin Said de Omán consiguió superar con suficiencia las iniciales protestas, implementando nuevas políticas económicas y abriendo las principales estructuras del país a la participación de los distintos clanes. Esta misma línea de actuación ha sido seguida por el emir kuwaití Sabah Al Sabah, que intenta preservar el equilibrio de fuerzas e influencia entre las distintas partes religiosas (Salamanca, 2017). Emiratos Árabes mantiene un clima de estabilidad interna, aunque ha reforzado sus actuaciones preventivas de censura y represión para evitar injerencias de corrientes extranjeras. Catar sigue sin alterar su propio orden y proyectos nacionales a pesar de que desde el año 2013, el emir Tamim bin Hamad sucediera en el cargo a su padre.

La respuesta multilateral

El Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) representa un ente muy singular en Oriente Medio y Magreb, ya que no existe una organización de integración de esas características. Los propósitos con los que surgió a principios de la década de los ochenta se han visto frenados por los acontecimientos del entorno y por las diferencias entre sus miembros. La última crisis por el bloqueo diplomático y económico a Catar, pone de relieve las grandes divergencias entre las dinastías reales. Es la primera vez que la viabilidad de este proyecto está seriamente puesta en duda, ya que las posiciones siguen siendo irreconciliables y cada parte parece buscar otras alternativas.

El CCG posee un cariz político, defensivo y económico. En cada momento una de estas tres facetas ha ido impulsándose en contraposición al resto. En los inicios de la organización, debido al tenso clima local tras la revolución iraní en 1979, la guerra entre Irak e Irán entre 1980 y 1988, así como la invasión de Kuwait en 1990, propiciaron que las seis monarquías árabes intentaran mejorar la cooperación en materia de defensa. Este interés propició la creación de la fuerza militar conjunta del Escudo de la Península (Nadal, 2016), así como una creciente presencia de tropas estadounidenses en la zona para proteger a sus aliados. El fin último era evitar cualquier agresión externa.

En la década de los noventa se produce el gran salto económico de las seis economías, impulsadas por su importancia en los mercados energéticos internacionales. Esta etapa que llega hasta principios de los dos mil da lugar a una estrecha sintonía política entre todas las dinastías. Tienen lugar importantes acuerdos para llegar a la constitución de una unión aduanera y un posterior mercado común. Se impulsan las relaciones comerciales y se homogeneizan determinadas legislaciones (Alasfoor, 2007: 64-67). El clima de cooperación se traslada al ámbito más puramente político, donde los seis Estados intentan fortalecer la presencia internacional del Consejo.

En el nuevo siglo las disimilitudes de políticas exteriores comenzarán a propiciar ciertas tensiones. Esta problemática realidad quedará totalmente plasmada tras la primavera árabe. Arabia Saudí perseguirá consolidar su liderazgo regional empezando por el propio CCG, asumiéndolo como su zona preferencial e implementando un multilateralismo donde los sauditas son el polo referencia (Ehteshami, 2012: 264-265). El resto de países intentarán desarrollar sus propios espacios de actuación internacional, siendo Catar quien tendrá una actividad mayor. La situación previa a las revueltas era ya de una notable división y anunciaba las divergencias políticas internas.

Los primeros instantes de la primavera árabe pareciera que fueran a favorecer el concierto de los seis miembros del Consejo, dando lugar a un ambiente de cooperación, motivado por las preocupaciones de todas las dinastías reales ante los acontecimientos. Si la década de los ochenta abrió el camino a la colaboración en materia de seguridad y defensa e impulso las primigenias estructuras del CCG y los noventa y principios del nuevo siglo potenciaron la progresiva integración económica, el estallido de las revoluciones por Oriente Medio y Magreb podría ser el elemento decisivo para intensificar la unión política entre los Estados. Sin embargo, las intenciones de construir una acción exterior común quedaron totalmente desvanecidas a los pocos meses.

La respuesta multilateral del Consejo pasó por diferentes fases durante y después de las revueltas árabes. Entre enero y marzo de 2011, las seis monarquías concuerdan en dos objetivos: a) evitar que los movimientos revolucionarios se extiendan y b) asistir a los socios de la organización ante las coyunturas internas. Estos principios dieron lugar a la activación de dos tipos de mecanismos. La faceta defensiva con la intervención del Escudo de la Península en Bahreín, así como un aspecto más económico y social con un paquete de ayudas para Omán y el archipiélago bahreiní (Al Asoomi, 2013), con el propósito de evitar que las protestas crecieran en intensidad. Consistía en evitar cualquier tipo de efecto dominó y se asocia la estabilidad de cada reino al del resto.

Desde la guerra entre Irak e Irán en los años ochenta y la invasión de Kuwait en 1990, las monarquías árabes no habían compartido una percepción tan grave de amenaza. La respuesta represiva en Bahreín y la acción de contención con la financiación de ayudas económicas, también tuvo un tercer corolario en la propulsión de nuevos organismos policiales conjuntos para mejorar la colaboración en inteligencia y seguridad (Espinosa, 2014). La peculiaridad del fenómeno era que no procedía de la posible agresión directa de un Estado, sino que era una circunstancia que podría surgir en cualquier territorio debido a la fragmentación social y la división entre gobernantes y ciudadanos.

La crisis en Yemen fue el único punto donde los miembros del Consejo mantuvieron una posición común. Siguiendo la hoja de ruta señalada desde Riad, el CCG abogó por una actuación de mediación a través de una mesa de diálogo nacional con todas las partes yemeníes (Blecua, 2015), que terminó en 2014 con el avance de los hutíes. La intervención militar liderada por Arabia Saudí en marzo de 2015 fue apoyada por el resto de la organización, pero la complejidad del conflicto y las divisiones con Catar, generaron que el Estado saudita solo quede respaldado por Emiratos Árabes y Bahreín.

Las acciones individuales

La claridad con la que los Gobiernos actuaron en los márgenes del Consejo no se tradujo para los distintos escenarios regionales. Las discrepancias fueron de dos tipos: 1) el tiempo y nivel de la respuesta y 2) el tipo de actores a apoyar en cada situación. Estas disimilitudes en las estrategias se percibieron notablemente en el papel jugado en la crisis de Libia, Egipto o Siria. Las monarquías apostaron por acciones individuales ante los retos emergidos en el entorno. Pese a los esfuerzos sauditas por motivar respuestas semejantes a las realizadas en Bahreín o Yemen, impero la desconfianza y rivalidad entre los socios, que terminó paralizando los intentos de mayor unidad.

Catar quiso desempeñar un rol importante en los conflictos abiertos en Libia, Siria y en el cambio de régimen de Egipto (Roberts, 2019: 3-4). Fue el primer Estado del Golfo que se involucró decididamente en estas crisis. El resto de monarquías tomaron un papel más comedido. Para los sauditas, bahreiníes o emiratíes la prioridad era en los primeros meses de 2011 contener la revolución en la zona y, posteriormente, centrarse en el resto de focos de Oriente Medio y Magreb. Esta misma postura fue seguida por los kuwaitíes y omaníes, que no querían verse afectados por las inestabilidades próximas. Pero los cataríes vieron el medio perfecto para dar un salto más en su política exterior.

El segundo dilema dentro de la organización fue desde qué lado posicionarse. Arabia Saudí siempre apostó por aquellos regímenes que habían sido afines desde hacía tiempo, como era el caso de Ben Alí en Túnez o Mubarak en Egipto. En el caso de Libia o Siria defendía apoyar a aquellas facciones opositoras cuyo programa político y religioso fuera más acorde con el de las monarquías árabes (Phillips, 2016: 122-123), pero sin quedar demasiado implicado en estos conflictos. Esta estrategia fue secundada por el resto de monarquías menos Catar, que presentó un enfoque totalmente distinto. Ser parte activa en cada vicisitud y apoyar al actor con más posibilidades de quedar vencedor.

Las fricciones crecieron por lo que sauditas y otros Gobiernos entendieron un incumplimiento de unos compromisos políticos mínimos. Catar habría pasado por alto el acuerdo de consensuar entre todos los miembros la respuesta que dar, al igual que había roto la firmeza con la que desde el Golfo se oponía a determinadas corrientes revolucionarias. El decidido apoyo de los cataríes a los Hermanos Musulmanes en Egipto, generó un tremendo cisma en el Consejo (Roberts, 2016: 8-10). Cada Estado decidió entonces emprender sus propias estrategias y la organización dejó de ser un espacio de entendimiento, pasando a convertirse en un punto de hostilidad.

Se pueden distinguir a los miembros del Consejo por el tipo de respuestas individuales que han dado a las coyunturas internas y los problemas regionales. Un primer nivel lo representa Catar, quien desarrolla una estrategia autónoma y activa internacionalmente. En una segunda categoría, quedarían Omán y Kuwait, que establecieron la premisa de mantener un perfil exterior moderador y concentrar esfuerzos en su estabilidad. En una tercería clase, estaría Bahreín que quedó tras las revueltas de 2011 sumida en una política de total alineamiento con Arabia Saudí. En el último grupo, quedarían el Gobierno saudita y Emiratos Árabes que intentan establecer nuevos ejes de alianzas con terceros países y elaborar planes comunes de actuación más allá del CCG.

Catar no ha variado considerablemente sus planes nacionales. La estabilidad interna está garantizada, gracias a que apenas sus 225 mil nacionales reciben numerosas prebendas del régimen a pesar de que el modelo político sigue siendo totalmente autoritario. La familia Al Thani juega una triple faceta porque sin cuestionar su status internos, sirve de refugio para distintas corrientes políticas y religiosas de la región, a la par que proyecta una cuidada imagen de modernidad al mundo (Espinosa, 2017). Estas circunstancias permiten a la monarquía diversificar su red de relaciones por todo el entorno, mientras que su corona no es puesta en cuestión por ningún agente revolucionario o radical.

El favorable contexto nacional ha permitido que Catar pueda concentrarse en sus aspiraciones internacionales. La primavera árabe es interpretada como el momento idóneo para evolucionar en su política internacional, superando el papel de actor secundario y mediador para ser una parte importante del nuevo orden regional Hammond: 2014: 5-7). La familia Al Thani no quiere quedar relegada al círculo de influencia saudita y prefiere proteger sus vulnerabilidades a través del contacto con diferentes actores. El trabajo con el resto de monarquías se fractura porque los cataríes respaldan un multilateralismo entre iguales y no con Arabia Saudí como único líder.

Omán y Kuwait abogan por una acción exterior precavida por dos razones. Primero, la compleja situación interna les lleve a buscar siempre el equilibrio entre las distintas facciones y evitar la polarización social. El sultán omaní ha conseguido mantenerse en el poder durante más de treinta décadas bajo un sistema autoritario pero que cuentan con un equilibrado reparto de influencias entre tribus (Zaccara y Saldaña, 2015: 185-187). El emir kuwaití está obligado a convivir con las distintas confesiones y tendencias política presentes en el país. Sus estrategias han sido las de evitar una represión directa y emplear elementos de contención como reformas democráticas y políticas sociales.

El Gobierno omaní teme que una guerra como la yemení pueda reproducirse en su territorio. Más aún, no quiere verse implicado en las disputas hegemónicas de la zona para evitar que cualquier injerencia externa repercuta sobre su estabilidad interna. Por eso, Omán se ha decantado por un perfil bajo dentro y fuera del Consejo, rehuendo participar activamente en los planes más beligerantes de sauditas o emiratíes y rechazando involucrarse en los conflictos regionales (Tran, 2018). El sultán Qabus bin Said rechaza encuadrarse en un alineamiento concreto, su acción es la de convertirse en un agente pasivo pero independiente, que no quede excluido de las dinámicas locales pero que no se vea subsumido por alguno de los grandes polos de poder.

Un caso parecido es el de Kuwait, aunque en este caso la familia Al-Sabah no se decanta por preservar una figura pasiva sino más bien apropiarse del rol de mediador y punto conciliador (Alajmi, 2018: 542-543). Los kuwaitíes no quieren entrar en conflicto con los dos grandes Estados vecinos: Irán y Arabia Saudí, por lo que intentan alejarse de disputas que les lleven a tomar parte. Ante la difícil situación de preservar su neutralidad, el emir Sabah Al Sabah se decanta por erigirse como interlocutor reconocido por todos los actores, reconociéndole un papel necesario en la región y permitiendo que el emirato kuwaití pueda ir superando cada intrincada circunstancia.

En el tercer apartado de la clasificación está Bahreín, que ha quedado desde las revueltas de 2011 en una posición totalmente frágil y dependiente. La familia Al Jalifa se vio respaldada por sus socios del Consejo y potencias extranjeras por lo que a lo largo de estos años ha continuado en la misma dirección represiva (Hernández, 2017). La monarquía refuerza su status y dirige su atención a los sectores chiitas más reivindicativos. La división sectaria entre los ciudadanos ha permitido al Gobierno recuperar la confianza de gran parte de los sunitas, que suscriben el discurso oficial de posibles injerencias iraníes. Este contexto permite que cualquier tipo de movimiento contestatario sea perseguido, negando cualquier tipo de reforma democrática.

El emir Hamad bin Isa Al Jalifa reorientó su política exterior a las premisas sauditas. Arabia Saudí se ha convertido en el principal valedor de la corona. Los bahreiníes saben que pueden contar con los sauditas para sofocar cualquier tipo de inestabilidad interna, pero esta asistencia exige de un compromiso con respecto a la acción regional. Bahreín no solo reafirma su cometido como aliado saudita sino que además sigue en todo momento las directrices marcadas desde Riad. La corona bahreiní percibe que estando en el círculo de los Saud es una garantía suficiente para preservar y defender su poder.

En el último rango de la clasificación estarían Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos por su interés en procesar acciones conjuntas en el entorno. Una singularidad de esta propuesta es reconocer a los sauditas como principales referentes de la región (Hernández, 2019a: 209-213), asumiendo que el multilateralismo siempre debe partir del principio de que los Saud son los líderes. Otra característica especial de la agenda de Riad y Abu Dabi es la de ir superando poco a poco la integración ofrecida desde el CCG para establecer nuevas alianzas. Debido a los problemas con Catar en 2014 y, sobre todo, desde el bloqueo económico y diplomático de 2017, tanto el Gobierno saudita y el de Emiratos se esfuerzan por construir nuevos espacios de unidad política entre Estados.

La primavera árabe no tuvo apenas alcance en EAU, que partía de un contexto nacional muy favorable gracias a su estabilidad social, política y económica. No obstante, los emiratíes se han preocupado internamente por evitar cualquier tipo de interferencia proveniente de terceros actores. Debido a ello, han reforzado las medidas de censura y coercitivas para impedir que cualquier influencia política y religiosa repercutan sobre el aparente consenso ciudadano. Sobresale el príncipe heredero de Abu Dabi Mohamed bin Rashid, responsable de la política exterior de la federación (Kirkpatrick, 2019), pero la estructura estatal sigue permaneciendo bajo la coexistencia de los siete emiratos.

La congruencia de intereses entre los Emiratos y Arabia Saudí no se debe a una exclusiva relación de dominación como ocurre en el caso de Bahrein, sino más bien a que ambos Estados comparten mismos objetivos (Hernández, 2019b). Por un lado, debilitar el ascenso iraní en la región, porque lo consideran la principal amenaza para su seguridad nacional. Por otro, reforzar su presencia en los principales puntos de la zona, para influir en el resultado de las numerosas contiendas pendientes. Su estrategia se orienta ahora a construir procesos de alianza política con diferentes países de Oriente Medio y Magreb, dejando de lado el Consejo y priorizando un eje de defensa conjunto.

Los sauditas encuentran importantes resistencias a sus planes regionales. El CCG ha dejado de ser la zona de preferencia para Arabia Saudí, que busca construir nuevos espacios de multilateralismo pero siempre bajo su liderazgo. La finalidad es polarizar la región entre un área de preeminencia saudita y otra de influjo iraní, reduciendo los márgenes de maniobra de instituciones como el Consejo basadas en el consentimiento. Dentro de sus fronteras los príncipes sauditas continúa utilizando la coacción y coerción como mecanismos para reducir cualquier corriente de cambio. Las tensiones políticas se deben más a las fricciones dentro de la casa real que a una fuerte oposición ciudadana.

Conclusiones

Las monarquías Árabes del Golfo muestran una evolución dispar a lo largo de los últimos años. Las diferencias entre ellas no solo se deben al tipo de impacto que tuvo sobre ellas la primavera árabe, sino también por las percepciones de amenazas y oportunidades que cada régimen tiene sobre las transformaciones regionales. Las opciones de implementar respuestas conjuntas a los diversos problemas son cada vez más reducidas. El CCG ha dejado de ser un espacio de encuentro para convertirse en un escenario donde se plasman las profundas diferencias. Los seis países son un grupo extremadamente heterogéneo y con intereses dispares e, incluso, divergentes.

Las revueltas árabes y los problemas surgidos posteriormente en el entorno suponen una etapa crucial en las dinámicas del Golfo. Los efectos son poco visibles en el ámbito nacional, ya que todos estos sistemas autoritarios han conseguido de una forma u otra superar las corrientes revolucionarias. Sin embargo, el alcance de los cambios está teniendo una notoria visibilidad en las relaciones entre los seis miembros del Consejo, así como con el resto de actores presentes en la zona. El resultado más definitorio es que la presumible unidad política entre los Gobiernos está quedando descartada. Cada Estado reconstruye su acción exterior sin tener presente los compromisos del Consejo.

Arabia Saudí fue tradicionalmente quien más esfuerzos puso por acelerar los procesos económicos y políticos de integración, siempre desde un status de poder hegemónico. El rey Salmán y Mohammed bin Salman se decantan actualmente por abrir nuevas alianzas en Oriente Medio y Magreb, junto con el respaldo de Emiratos Árabes y Bahréin. El propósito es el de establecer un programa común para los desafíos locales, bajo una clara jerarquización de roles y excluyendo de esos parámetros a Irán y sus principales aliados. Establecer un intenso eje entre el bloque saudí-sunita y el círculo chiita.

Las recientes iniciativas sauditas no son compartidas parcialmente por Omán y Kuwait y son confrontadas por Catar. La fractura entre los países viene dada por las estrategias planteadas ante los problemas emergentes. El emirato catarí no está dispuesto a que su política exterior quede tutelada por otro poder, ya sea el saudí o el iraní. Sus presunciones parten del hecho de que el statu quo quedo definitivamente quebrado tras 2011, lo que conduce a redefinir sus visiones estratégicas. Para Doha no existe ya espacio para liderazgos incontestables y preponderantes, abogando por un desarrollo de las relaciones más multilateral, donde tenga cabida agentes variados. Este principio choca diametralmente con los objetivos señalados desde el reino saudita.

Las respuestas acometidas por cada monarquía ante los cambios regionales presentan numerosas deficiencias, pese al haber alcanzado algunos logros. Bahréin ha conseguido estabilizar las tensiones internas, pero ha perdido independencia en materia internacional tras la asistencia militar saudita. Omán está logrando no verse afectado por las crisis de las proximidades, pero está perdiendo espacio para hacer prevalecer sus intereses. Kuwait está manteniendo un perfil bajo, pero el alto grado de polarización política en el Golfo repercuten seriamente en sus opciones de consagrarse como un mediador reconocido, lo que puede repercutir en los equilibrios internos.

Emiratos Árabes lanza una apuesta ofensiva y ambiciosa formando parte de los principales conflictos locales, aunque puede resultar costosa a largo plazo. Catar ha comprobado el coste de sus medidas tras la primavera árabe, adquiriendo mayor importancia política pero rivalizando con importantes Estados. En Arabia Saudí la corona permanece inalterable ante ciertas reivindicaciones ciudadanas. Su mayor preocupación está en restablecer su liderazgo en la esfera árabe y musulmana, aunque esto suponga un esfuerzo considerable para el país. Las respuestas individualizadas de las monarquías a los problemas regionales dejan invalidada la razón de ser del Consejo.

Las seis dinastías han conseguido sobresalir ante las complicadas circunstancias presentadas tras la primavera árabe. Ningún Gobierno ha hecho grandes cesiones ante las demandas de cambios políticos y sociales. Solamente ante las revueltas en Bahréin y las manifestaciones en Omán se plantearon propuestas conjuntas de actuación en el seno del CCG. Los años posteriores dejan varias conclusiones relevantes: 1) los Estados de decantan por estrategias propias e independientes y 2) aumentan los niveles de desconfianza y rivalidad entre los socios. El resultado final es que comienzan a plantearse nuevas formas de multilateralismo y posible integración o cooperación.

Catar encabeza un grupo de actores que apuesta por una redefinición de las dinámicas regionales, que suponga nuevos compromisos y conciertos entre distintos países. Arabia Saudí lidera un bloque en el que se plantean nuevas formas de organización local, que fortalezca los lazos políticos y militares pero bajo su posición hegemónica. En medio países como Kuwait y Omán que representan a todos aquellos Gobiernos que buscan superar el antagonismo de bloques. Esta confrontación de interés hace prever que la estabilidad en Oriente Medio y Magreb aún es inviable. Las monarquías del Golfo parecen sobrellevar los cambios sucedidos recientemente, pero el futuro de sus regímenes quedará pendiente de la capacidad real por adaptarse a los nuevos tiempos.

Referencias

Alajmi, Abdulhadi. (2018): “The Gulf crisis: an insight into Kuwait’s mediation efforts” en *International Relations and Diplomacy*. October 2018, Vol 6. N° 10: 537-548 doi: 10.17265/2328-2134/2018.10.002

Alasfoor, Reyadh. (2007): *The Gulf Cooperation Council: Its Nature and Achievements*. Department of political science, Lund University. 2007.

Al Asoomi, Mohammad. (2013): “Oman and Bahrain have lot to gain from GCC plan” en *Gulf News*. 19 June 2013. Disponible en: <https://gulfnews.com/business/analysis/oman-and-bahrain-have-lot-to-gain-from-gcc-plan-1.1198766> [consulta: 1 julio 2019]

Baabood, Abdullah. (2014): “Gulf countries and arab transitions: role, support and effects” en *Transitional Processes and Political Change in Arab Countries*. IEMed. Mediterranean Yearbook 2014: 42-47.

Blecua, R. (2015): “A revolution within the revolution: the Houthi movement and the new political dynamics in Yemen” en *ARI 16/2015*. 24 marzo 2015. Real Instituto Elcano. Disponible en: <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/54ca048047c2d6a68f8fbf72bea93c13/ARI16-2015-Blecua-revolution-within-revolution-the-Houthi-movement-and-new-political-dynamics-in-Yemen.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=54ca048047c2d6a68f8fbf72bea93c13> [consulta: 20 junio 2019]

Ehteshami, Anoushiravan. (2012): “Security and strategic trends in the Middle East” en Held, D. y Ulrichsen, K. (ed.): *The transformation of the Gulf. Politics, economics and the global order*. Part 3: Internationalisation of the Gulf. Security and foreign policy. Chapter: 12: 261-277. London: Routledge, Taylor & Francis Group, 2012.

Espinosa, Ángeles. (2017): “Qatar, un pequeño país con grandes ambiciones” en *El País*. 5 junio 2017. Disponible: https://elpais.com/internacional/2017/06/05/actualidad/1496683078_871556.html [consulta: 30 junio 2019]

Espinosa, Ángeles. (2014): “Las monarquías del Golfo crean una fuerza naval conjunta” en *El País*. 9 diciembre 2014. Disponible en:

https://elpais.com/internacional/2014/12/09/actualidad/1418159028_902503.html

[consulta: 30 junio 2019]

Fabani, Ornela. (2011): “La primavera árabe y sus derivaciones en Bahrein” en *Revista Integración y Cooperación Internacional*. Nº 8, Julio/Septiembre 2011: 2-7.

Hammond, Andrew. (2014): “Qatar’s leadership transition: like father, like son” en *Policy Brief*. European Council on Foreign Relations. ECFR/95. February 2014.

Disponible en: https://www.ecfr.eu/page/-/ECFR95_QATAR_BRIEF_AW.pdf

[consulta: 20 junio 2019]

Hernández, David. (2019a): *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. 2019.

Hernández, David. (2019b): “Emiratos Árabes, la potencia de la que nadie habla en Oriente Próximo” en *El Orden Mundial*. 19 junio 2019. Disponible en:

<https://elordenmundial.com/emiratos-arabes-la-potencia-de-la-que-nadie-habla-en-oriente-proximo/> [consulta: 25 junio 2019]

Hernández, David. (2017): “Baréin, la primavera árabe que nunca fue” en *El Orden Mundial*. 1 mayo 2017. Disponible en: <https://elordenmundial.com/barein-la-primavera-arabe-que-nunca-fue/>

[consulta: 30 junio 2019]

Kinninmont, Jane. (2012): “Bahrain: reform, security, and U.S. policy” en *Chatam House*. June 2012. Disponible en:

<https://www.chathamhouse.org/publications/papers/view/183983> [consulta: 30 junio 2019]

Kirkpatrick, David D. (2019): “The most powerful arab ruler isn’t M.B.S. it’s M.B.Z.” en *The New York Times*. 2 june 2019. Disponible en:

<https://www.nytimes.com/2019/06/02/world/middleeast/crown-prince-mohammed-bin-zayed.html> [consulta: 14 junio 2019]

Nadal, Martí. (2016): “¿Todos para uno y uno para todos? El Consejo de Cooperación del Golfo en su expansionismo por Oriente Próximo” en *El Orden Mundial*. 19 abril 2016. Disponible en:

<https://elordenmundial.com/todos-uno-uno-todos-consejo-cooperacion-del-golfo-expansionismo-oriente-proximo/> [consulta: 12 junio 2019]

Phillips, Christopher. (2016): *The battle for Syria. International rivalry in the new Middle East*. New Heaven: Yale University Press, 2016.

Priego, Alberto. (2015): “La nueva política exterior de Arabia Saudí” en *Documento Marco*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. 20 agosto 2015. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2015/DIEEEM18-2015_NuevaPoliticaExterior_ArabiaSaudi_A.Priego.pdf [consulta: 30 junio 2019]

Roberts, David. (2019): “Reflecting on Qatar’s “islamist” soft power” en *Policy Brief. Foreign Policy*. Brookings Institution. April 2019. Disponible en: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2019/04/FP_20190408_qatar_roberts.pdf [consulta: 1 julio 2019]

Roberts, David. (2016): “The four eras of Qatar’s foreign policy” en *Comillas Journal of International Relations*. 2016. Nº 5: 001-017. DOI: cir.i05.y2016.001

Salamanca, Alejandro. (2017): “Suníes y chiíes en Kuwait: calma entre la tempestad” en *El Orden Mundial*. 10 octubre 2017. Disponible en: <https://elordenmundial.com/sunies-y-chiies-en-kuwait-calma-entre-la-tempestad/>

Teitelbaum, J. (2010): “The shiites of Saudi Arabia” en Frandkin, H; Haqqani, H. Brown, E. y et al. (ed.): *Current trends in islamist ideology*. Volume 10, 2010. Hudson Institute, Center on Islam, Democracy and the Future of the Muslim World. Disponible en: <https://www.hudson.org/research/12478-current-trends-in-islamist-ideology-volume-20> [consulta: 1 julio 2019]

Tran, Edwin. (2018): “In the lion’s den: Oman’s foreign policy, Part 1” en *International Review*. 6 december 2018. Disponible en: <https://international-review.org/in-the-lions-den-omans-foreign-policy-part-1/> [consulta: 1 julio 2019]

Ulrichsen, Kristian Coates. (2014): “Bahrain’s uprising: domestic implications and regional and international perspectives” en Gerges, Fawaz. A. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. Part III: Countries in turmoil. Chapter: 332-352. New York: Cambridge University Press, 2014.

Wells, Madeleine. (2017): “Sectarianism, authoritarianism and opposition in Kuwait” en Hashemi, Nader. y Postel, Danny. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. Chapter 13: 235-258. London: Hurst & Company, 2018.

Zaccara, Luciano y Saldaña, Marta. (2015): “Cambio y estabilidad política en las monarquías del Golfo tras la primavera árabe” en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. nº 109, Escenarios post-primavera árabe: actores y dinámicas de cambio (abril 2015): 177-199.